



PERIODICO EVANGÉLICO, CIENTÍFICO E ILUSTRADO

Año XLXI

Figueras, Junio de 1936

Número 595

Redacción y Administración:
Calle de D. Pedro III, 39

Se publica
una vez al mes

Suscripción anual:
ESPAÑA, 1'50 pesetas :: EXTRANJERO, 2'50 pesetas

La religión del papa, ante el desastre abisinio.

por Don Agustín Arenales, Pastor Evangélico

Se ha consumado la iniquidad, Abisinia, la pobre Abisinia, Abisinia la mártir, víctima de las grandes injusticias humanas, ha desaparecido del mapa de los pueblos libres para caer en la esclavitud bochornosa de una colonia sometida al capricho del invasor. Una vez más, en estos tiempos tan decantados de progreso, la fuerza de la razón ha sucumbido al empuje de la razón de la fuerza bruta. Toda la infernal maquinaria de muerte que la infame ciencia guerrera ha puesto en las manos de la ambición y del desenfrenado egoísmo se ha cebado, duramente, sobre un pueblo débil, indefenso y en absoluto desprovisto de medios de legítima resistencia.

Ante el hecho consumado, nada ya hay que hacer. Sólo cabe la encendida protesta en nombre de la civilización ultrajada, del derecho escarnecido y del respeto a los tratados que nunca debió menospreciarse.

Pero, nosotros, como hombres de religión, hemos de protestar, además, en nombre del Cristo a quien se ha vilipendiado en su doctrina de paz y de amor por quienes precisamente se quieren tener por representantes suyos en la tierra. Aquí está lo más grave en este inicuo atropello contra la infeliz Abisinia.

Porque hay que ser francos y huir de todo eufemismo que la hora gravísima que vivimos no admita de ninguna manera. La civilización, el derecho, el respeto a los pactos y al débil son conceptos muy relativos por lo que se está viendo. Cada cual los entiende a su modo y hasta la misma discusión habida en el Parlamento inglés ya nos habla de medias tintas y de equilibrios ante la ley del más fuerte y el hecho consumado, y quien sabe si no tardaremos mucho en ver a algunos de los que se escandalizaban del ultraje a la civilización, al derecho y al respeto a las leyes humanitarias de la guerra, aplaudiendo a los vencedores y menospreciando al vencido. El mundo es así y el egoísmo y el negocio y la diplomacia enseguida se doblegan ante el «dios éxito».

Pero hay un principio eterno, intangible, que no permite ser silenciado ni modificado, aunque contra él se levanten todos los sabios del mundo y todos los diplomáticos de la tie-

rra y todos los más victoriosos guerreros del planeta, y es el «principio de la paz» y «del amor entre los hombres» que Cristo proclamó y practicó y ordenó desde Belén en que nació hasta la cruz en que muere. Y ese principio obliga sobre todo y de modo inexcusable a los que se erigen en representantes del Cristo que lo implantó.

Y aquí está lo grave, como decíamos, en el conflicto de que ha sido víctima Abisinia. Porque es en Roma que tramó la conjura, que ordenó la invasión del pueblo indefenso, que lanzó contra él ejércitos poderosos pertrechados con todos los artefactos más mortíferos, que consumó el destrozo de vidas, de haciendas y de la libertad de seres humanos «donde vive y manda», como rey soberano, ¡el papa!, el que se llama vicario de Cristo en la tierra, el que sabe que tiene por misión única y esencial procurar la paz y el amor entre todos...

Y ese Papa que, por creerse con tales representaciones y lugartenencias divinas, se ha creado las más tremendas responsabilidades ante Dios y ante el mundo religioso, ¡se inhibe! desde el principio en tan gravísimo pleito, a sabiendas de que se van a desencadenar catástrofes horribles que pueden desembocar en una guerra mundial infinitamente más espantosa que la última gran guerra y... se queda tan tranquilo en su soberbia y comodona residencia del Vaticano.

Y, ¿qué iba a hacer el pobre?, dicen muchos papanatas adoradores suyos. El papa no tiene fuerza material, no dispone de ejércitos, ni de diplomacia influyente y tenía que conformarse con llorar «ante el vestíbulo y el altar». Poco a poco, señores papistas. De modo que a todas horas nos estáis hablando de la fuerza moral, del poder espiritual, de la influencia irresistible que sobre individuos y naciones tiene ese señor, más eficaz que todas las fuerzas, que todos los poderes y que todas las influencias de la tierra y entonces, cuando más falta hacía emplear con celeridad y empuje extraordinarios esos recursos del «Dios en la tierra», puesto que se ventilaban la paz del mundo y la justicia y el amor entre hermanos, vuestro señor se retira... y deja hacer a la ini-

quidad contemplándose impotente para desarmarla.

Pues para eso, ni hacía falta que lo empañeáseis con los rimbombantes títulos de vicario de Cristo, de jefe de la cristiandad y de autoridad suprema sobre sus fieles hijos, si se nos atronasen los oídos con vuestras fantásticas ponderaciones de esa influencia espiritual que nadie ha visto en el proceso de este desgraciado asunto.

¿Qué no tenía el papa poder material para evitar la guerra contra los abisinios? Pero, al menos, tendría corazón, tendría fe, tendría voluntad para arrostrar hasta el sacrificio de la vida, levantando su voz de protesta contra el crimen que se intentaba, ante los más altos poderes de la nación que, además de ser la suya, era la nación que él y sus antecesores habían elegido para sede de su autoridad, sin duda porque era la más católica, y más dispuesta a acatar sus disposiciones.

Y, sin embargo, el papa no debió tener mucha confianza ni en su corazón, ni en su fe religiosa, ni en su voluntad de sacrificio, cuando no hizo ni lo más elemental que en estos casos supremos hace quien tiene conciencia de sus deberes y de su altísima misión de paz. ¿Es que unas cuantas exhortaciones verbales o escritas, en las que ni siquiera se condena la guerra sin reservas, podían bastar para evadir su responsabilidad en trance tan grave? No. ¿Por qué no sale de su palacio y se va solícito y angustiado al palacio de los que habían de decidir la guerra o la paz y se arroja a sus pies para pedirles justicia, paz y amor? ¿Por qué, cuando vió al mundo todo en contra de la intentona, no se dirigió a la Sociedad de Naciones (no importaba que el papa no fuese miembro de ella, para demandar paz y amor teniendo sobrado derecho) e hizo acto de solidnidad con los que entonces parecían estar animados de los mejores propósitos de conciliación y arbitraje? ¿Por qué, en último término, agotados todos los recursos de la demanda de paz y de concordia, no lanzó al mundo católico una encíclica de vigorosa protesta y de enérgica condenación de los autores y favorecedores de guerra tan inícuo, excomulgando, así, excomulgándoles «nominatium» como tan fácil y alegremente excomulga a cada paso a los infelices particulares que cree se salen de la ortodoxia o de la moral cristiana?... Si esto

no era eficaz para detener la carrera loca contra la pobre Abisinia a los que intentaban destrozarla, no lo sabemos; pero sí que hubiera sido eficaz el gesto para impresionar favorablemente a todos y ganarles el respeto y simpatía, y, sobre todo, para que el mundo reconociese que los que creen en Cristo y quieren obedecerle no temen a nadie ni a nada, por muy alto y por muy poderoso que sea, ante el imperioso deber de proclamar la paz y el respeto a los pueblos débiles.

Pero faltó en el papa este gesto que era sencillamente el deber elementalísimo de su alto cargo y, al faltar, el papa quedó en evidencia ante el mundo entero y fracasó él e hizo fracasar del modo más lamentable la religión que representa. De hoy en adelante, la religión del papa no puede hablar al mundo de paz ni de amor, porque en el momento más solemne de la Historia contemporánea, no supo o no quiso predicar el amor y la paz entre los hombres ni tuvo el menor escrúpulo en que

un pueblo débil, pobre y abandonado, pereciese a manos de la nación más católica del orbe.

Y no se confundan las cosas. Si la religión del papa ha fracasado, la religión de Cristo no fracasará por esto, porque la religión de Cristo está y estará siempre en contra de esta guerra ignominiosa y de todas cuantas guerras sobrevengan. Cristo condenó toda guerra y predicó la paz y el amor para que el amor y la paz no fuesen palabras vacías, sino una hermosa y fecunda realidad y cuantos creemos en Cristo con fe sincera y sin gazmoñerías, estamos y estaremos en contra de la guerra y en favor de la paz, aunque nuestra actitud nos atrajera las iras de los negociantes en sangre humana y de los viles adoradores del éxito imperialista y de los hipócritas fariseos que hablan de paz y de amor sin ser capaces de hacer el más mínimo sacrificio de su tranquilidad o de su dinero para que la paz y el amor reinen en el mundo...

(De «El Diluvio»).

estaba en una condición la más lamentable, por causa de la avaricia, ambición y maldad de los sacerdotes [5]. La corrupción era tan general, que todos estos abusos no se castigaban. Era un periodo cuando principiaron a elegir los Papas sin intervención del Emperador. Así se hicieron las elecciones de Leon IV y Sergio II [1].

Ahora procedamos a dar una traducción fiel del testimonio valioso del Cardenal Baronio:

«No había elección del clero ni aprobación del mismo. Todos los canones de los concilios estaban en silencio, los decretos de los Pontífices se habían suprimido, las tradiciones antiguas estaban proscritas, y las costumbres antiguas que se seguían en la elección de Papa, tanto como las ceremonias sagradas y usos de otros días estaban *totalmente extinguidas*. Así la lujuria, apoyándose en el poder civil, y la maldad estimulada con el deseo del dominio, lo acaparaba todo. Entonces en verdad, parecía como si Cristo estuviese profundamente dormido, mientras que el viento era tan impetuoso, que el barco se cubría con las olas.

[Continuará].

(1) «Dormiebat plane alto, ut apparet, sopore Christus in nave cum, hirce flantibus validis ventis, navis ipsa fluctibus operiretur». (Baronius, Annales Eccl. Tomo X, p. 679, Anto 1603).

LA PAPIISA JUANA

III.

En la enumeración de los cronistas que nos han transmitido la memoria de Juana, quizás se sorprenda el lector de encontrar una lista larga de preladados y monges, y lo que es más curioso, escritos dedicados a los mismos Pontífices. Los Papas que aceptaron la dedicación de estas obras, no parece que creyesen que la Santa Sede se deshonraba porque la hubiera ocupado una mujer.

Actualmente, los buenos católicos, por una parte, rechazan la historia de la Papisa, que estiman como una odiosa calumnia, olvidando que estos calumniadores pertenecieron al orden sacerdotal y algunos de ellos cayeron la mitra, y por otra parte, los enemigos de la autoridad eclesiástica hanse servido del nombre de esta desgraciada mujer para hacer vergüenza sobre el Papado.

¿Cuál es entonces, me pregunto yo, la causa de este gran cambio, y porqué tratan de ocultar, como si fuera una gran desgracia a una heroína, de quien nuestros antecesores han hablado sólo para admirarla? ¿Hemos venido a ser menos galantes que nuestros padres o hemos progresado en las artes rústicas y apreciamos el valor de la mujer en su verdadero punto? Después de tantos piadosos preladados como han besado las sandalias de la Papisa durante su vida, y su sepulcro después de su muerte, Jurien solo, entre los herejes modernos se ha atrevido a decir de ella: «Como Juana era sabia, elocuente y bella, el trono apostólico, que ha sido ocupado por tantos monges ignorantes y malvados, ha sido mucho más honrado que deshonrado por ella» [1].

Estando perfectamente convencido de que un gran número de lectores rechazan las verdades más palpables, cuando lo que se narra parece maravilloso o desprovisto de probabilidad, me esforzaré, antes de apelar al recurso de autoridades tocante a nuestra heroína, para probar en pocas palabras que su elevación a la Santa Sede, aunque aparentemente improbable y fabulosa, las circunstancias eran tales que nada de extraordinario hubo en ello, considerando la época en que vivió. No puedo, sin embargo, reci-

(1) Jurien, *Histoire du Papisme*, cap III. Esta misma era también la opinión del abate Lenglet-Dufrezuis: —«Me asombra», decía, «la obstinación de los católicos de hoy negando la existencia de Juana. Cualquiera debía por el contrario buscar de establecer a toda costa la verdad de esta historia, por que ella contribuyó a dar gran honor a la Santa Sede, pues según el testimonio de todos los Historiadores, Juana reinó como Papa con piedad y sabiduría». (Méthode pour étudier l'histoire, Paris, 1729, tomo III, pag. 349).

bir como serio el argumento de Onuphrius cuando decía: «Nadie puede creer que el Altísimo permitiese que una mujer ocupase la silla de San Pedro establecida por su Hijo, nuestro Salvador» [1].

Pero después de habernos visitado en esta tierra con el diluvio, el fuego, la lepra y plagas para convertir a la humanidad de sus malos caminos, Dios, en su desesperación, y habiendo cesado de manifestar su ira con señales externas en un largo periodo de tiempo, ha tenido también que sufrir el verse representado en la tierra por Papas, herejes, ateos e incestuosos [2], y realmente no veo porque la pobre Juana haya de ser exceptuada de esta amnistía general [3].

Debemos también recordar que el piadoso Cardenal Baronio, hablando de este periodo nos dice: «Jesús y sus apóstoles dormían profundamente, mientras que de este lado rugían violentas tempestades que sumergían la barca de la iglesia» [5].

Pasando por alto la charla de los monges, examinemos si «durante el sueño profundo de Cristo y de los Apóstoles» era difícil para una mujer disfrazada de hombre, burlar la vigilancia de los sacerdotes y tomar en su mano la llave de San Pedro.

Consideremos primeramente cual era el estado de Roma en este periodo.

Sin retroceder mucho en la historia del Papado, concretemos nuestras observaciones al periodo en que se dice que Juana ocupó la Sede de Roma y a los tiempos inmediatos que le sucedieron. Según el testimonio de los historiadores que se refieren a aquella época, «La Sociedad entera en el Occidente

(1) «Nou si é da credere che Iddio avesse permesso che una femisima occupasse la sedia di San Pietro, da Cristo Salvador nostro ordinata» (Onufrio, Pauvino, Annot, in Platina.) (Platina, el historiador de los Papas, al llegar a Juan VIII dice que no puede omitir el relato, porque casi todos lo creían entonces verdadero. «Ne obstinate simium et pertinaciter, omiese videas, quod fere omnes affirmant»).

(2) Liberino fué un Arriano, Anastasio un Nestorian, Idonorio un Montelita, y Juan XXIII un ateo. Los dos calificativos hereje e impetuoso, se aplican a los papas de aquellos días como atestiguan Platina, Stella, Sesueur y otros.

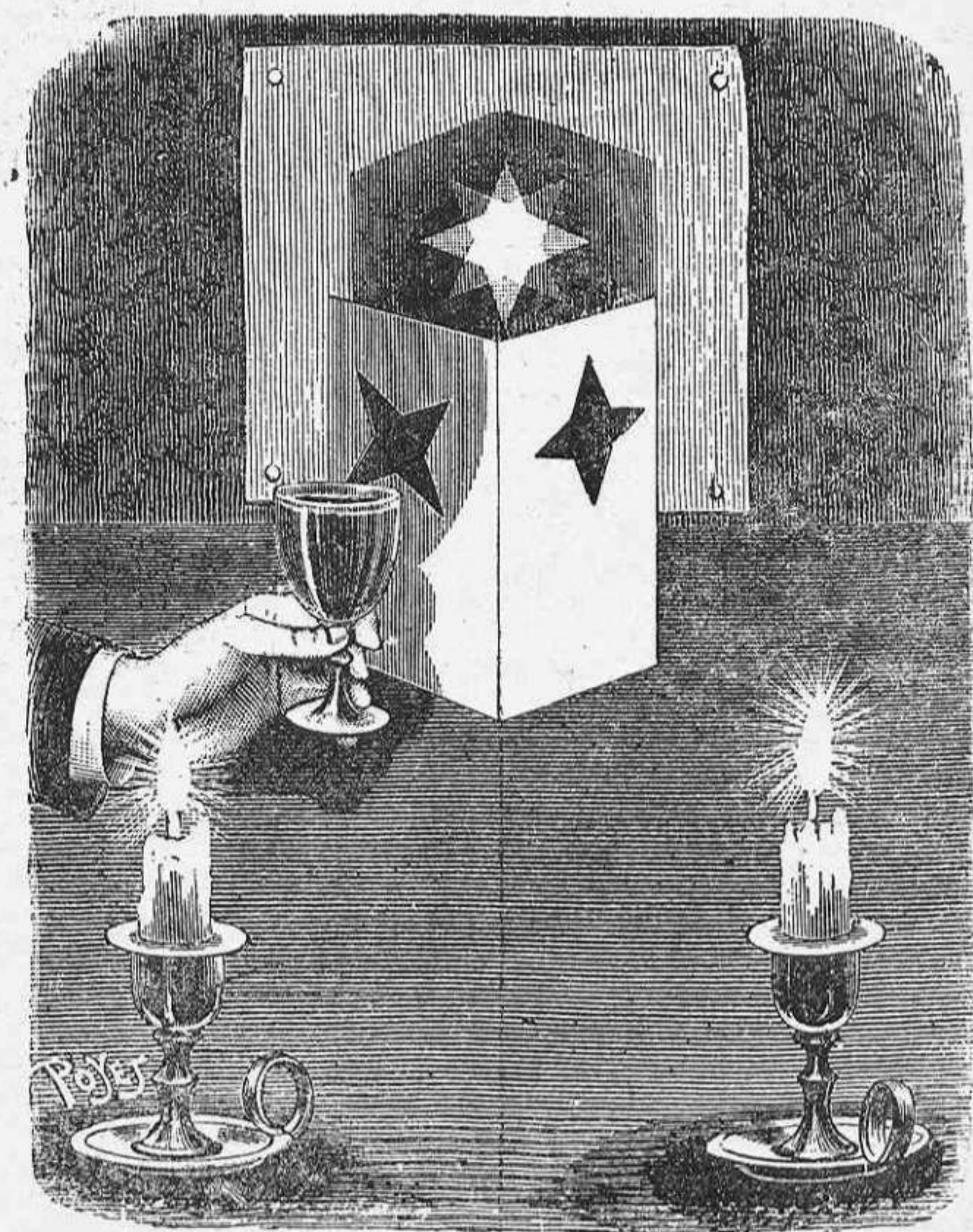
(3) Los Judíos, que no parece que creían en un estado futuro, el castigo del pecado en esta vida era una creencia necesaria para ellos, para servir de dique a la maldad humana. Por esta razón encontramos en el Antiguo Testamento que Dios visitaba a su pueblo con langostas, y diversas plagas. Para nosotros los cristianos, que esperamos tener después de la muerte una recompensa o un castigo, no tienen razón de ser esas interposiciones de la Providencia, e igualmente creemos indigno del oficio de la Divinidad ser acusador y ejecutor.

FISICA AMENA

LA ESTRELLA TRICOLOR

Tómese una hoja de cartón, una plancha de un calendario americano, por ejemplo, y dóblese según su línea media.

En uno de los dobleces así obtenidos, recortad una estrella de cuatro picos, de modo que una de las diagonales sea vertical a la otra, y, por consiguiente, horizontal. Rebatiendo una parte del cartón sobre la otra, se podrá dibujar con un lápiz el contorno de la estrella, y hallar, por medio de sus diagonales, el centro de figura, y será fácil una nueva estrella, de modo que sus diagonales formen un ángulo de 45° con las de la anteriormente recortada. Trazada esta nueva estrella, se puede ya recortar con cuidado y poner el cartón en pie, como indica el dibujo, colocado también sobre la mesa, y a cierta distancia, dos bujías y una pantalla de papel blanco sujeta con cuatro chinches en la pared de enfrente. Debe tantearse la abertura del doblez hasta que las estrellas luminosas que se proyectan en la pantalla se superpongan y den lugar a una de ocho picos. Si ahora poneis delante de una de las aberturas una copa de vidrio de color, verde por ejemplo, aparecerá una estrella tricolor: las puntas del exterior



serán alternativamente rojas y verdes, y en el centro aparecerá una estrella octogonal blanca y más pequeña. El vaso de color podrá sustituirse por una copa o vaso de cristal ordinario, lleno de líquidos coloreados con distintas substancias, y siempre los picos de la estrella presentarán el color del líquido y el complementario, alternados.

EL DILUVIO.

por P. Besson

En el principio, el Tehôm hebreo traducido por el Abismo o el «Insondable» en los Setenta, «la inmensa haz de las aguas que, según Darcoín, cubrían el globo primitivo, ha sido sacudido por una fuerza divina, por un viento de Dios, como por erupción «volcánica», de suerte que la Tierra firme, los Continentes se levantaron, y surgieron de las honduras de la masa caótica (Job, 38, 8, 11.—Prov. 8, 24).

Esta tradición del Génesis ha sido científicamente comprobada por el profesor de geología de la Universidad de Viena, Ed. Suess, en su gran obra «*La Face de la Terre*» (trad. de E. de Margerie) (1).

La misma tradición bíblica ha sido transmitida al mismo tiempo que corrompida en el mito babilónico de la lucha de Marduk con el monstruo marino, el Dragón Tiamar, que simboliza el mar.

En el tiempo de Noé, uno de los grandes movimientos del Mar fué la causa de la gran inundación llamada: *El Diluvio*.

Según el documento del Génesis, al mismo tiempo que cayerón de los cielos lluvias torrenciales, se abrierón las fuentes del Océano: el mar «se echó sobre la tierra». (Gén. 6, 17; 7, 6). «Sublevado por una fuerza desconocida, dice *La Bible Annotée*, el Océano hizo irrupción sobre la tierra».

Esta marejada alta, de origen volcánico, está atribuida en la leyenda babilónica, (la Epopeya de Izdubar), a los Anunaki (espíritus del abismo, los Ciclopes de Omero) que simbolizan las fuerzas subterneas que hacen subir de las honduras las aguas(2).

El profeta Amós nos habló también de un hundimiento de la tierra y de la irrupción del mar (5, 8; 9, 6).

«Jehová llama a las aguas del mar, y las derrama sobre la haz de la tierra».

La diferencia esencial entre la tradición bíblica y la babilónica es el monoteísmo hebreo que muestra todas las fuerzas de la naturaleza unidas y reunidas en las manos Dios único y verdadero, Jehová (Gén. 7, 16).

Jehová presidió al diluvio, (Salm. 29, 10).

Como el Rojo, «los mares (los abismos) cubrieron a todos los hombres». (Exodo 15, 5, 10).

Con el mar, más bien que con abismo como, con un vestido, Jehová cubrió la tierra. Sobre los montes se pararon las aguas... Límites pusiste, no los traspasarán; no volverán a cubrir la tierra. (Salm. 104, 6, 9). En efecto, muchos cataclismos, plagas, terremotos, etc., sucedieron sobre la tierra, más no se renovó el Diluvio.

Como Noé, todo piadoso orará a Jehová. «En la avenida, o en la inundación, no llegarán a él muchas aguas, (Salm. 32, 6).

La narración del *Diluvio* no fué tradición de Egipto, puesto que en este país, toda inundación, como la creciente periódica del Nilo, está considerada como bendición o fuente de prosperidad más bien que como cataclismo.

Tampoco es tradición recibida de Babilonia. ¡Cuan complicada es la Epopeya de Izdubar! ¡Cuan mitológica la lucha de Marduk con el dragón Tiamar! El papel del dios del mar, Ea, es el de pacificador; él previno a su servidor Haasip Adrá del castigo que debía venir. Pero es del mar mismo que vino el cataclismo.

El Diluvio tuvo lugar en un país donde había betún o asfalto necesario en la construcción de los navíos, (Gén. 6, 14, 11, 3), es decir en la Mesopotamia.

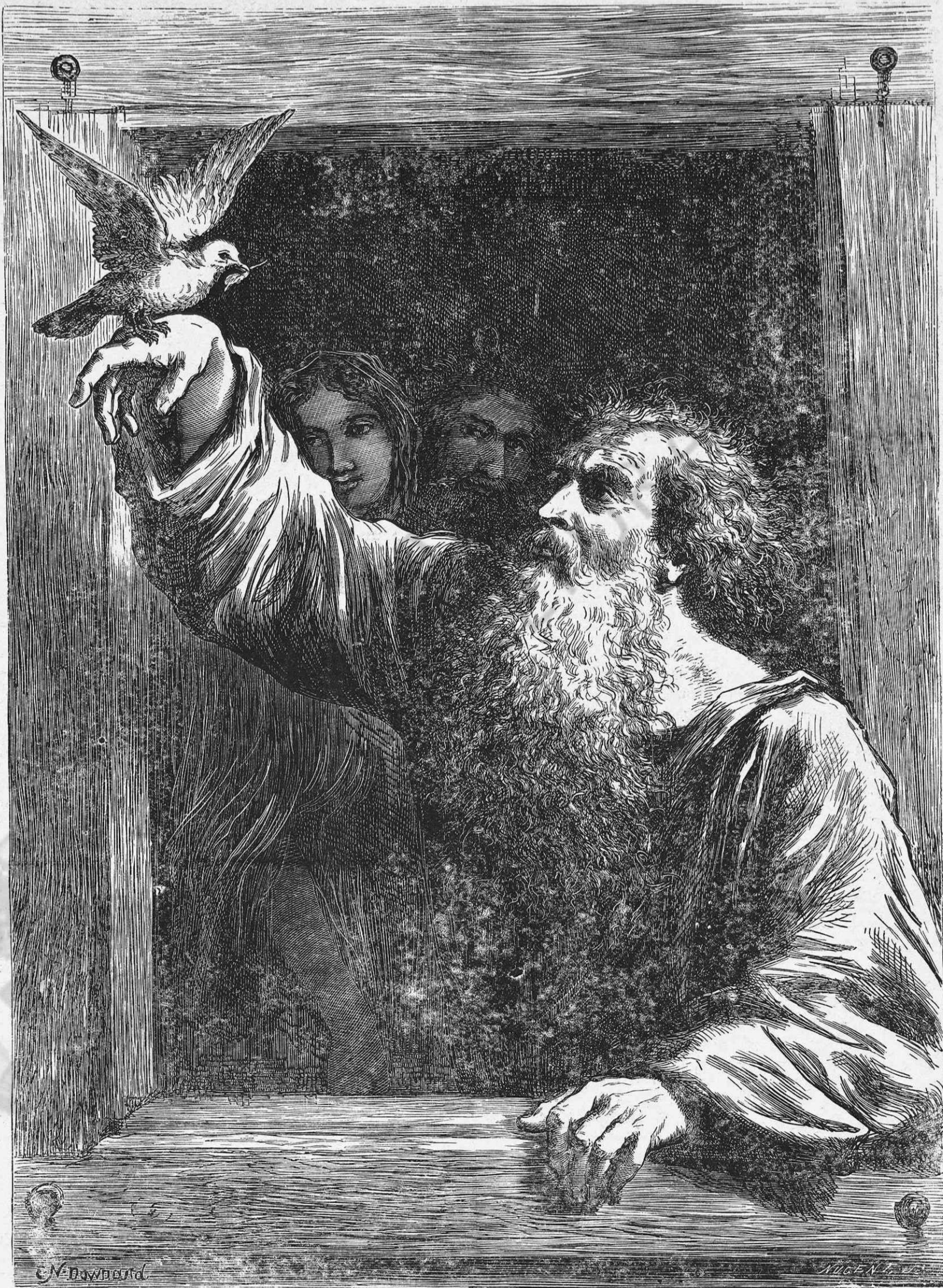
No es tradición local autóctona como la de los griegos, la de Deucalión, festejada en Atenas, con libaciones y ofrenda de miel y de harina al *Abismo* en que fueron tragadas las aguas del Diluvio.

No es tradición exclusivamente judáica, propia

de Israel, como la del sábado; es anterior a la emigración del hebreo Abram.

El origen primitivo y universal de esta historia se revela por la indicación geográfica de los lugares donde se paró el Arca, es decir, la habitación de Noé y de sus hijos. Como lo observó J. Halevy (3), por orgullo nacional, un judío, más amigo del mito que de la verdad histórica, hubiera imaginado que el Arca se habría detenido sobre una de las cumbres del Libano, más bien que sobre la cadena del Ararat como cuna o punto de partida de la nueva emigración humana. Para llegar al Norte, ha sido llevada la nave por un fuerte viento del mar, o un ciclón (4).

El fin del Diluvio resultó del gran viento que Dios hizo pasar sobre la tierra. «Se cerraron las



fuentes del Mar como los cielos», (Gén. 8, 1,2), «Se retiraron las aguas en sus hoyos naturales, en sus depósitos» (Salm. 33), y la haz de la tierra apareció seca.

Queda, pues, científica e históricamente comprobada la tradición primitiva conservada en los documentos bíblicos. El catolicismo está puesto en relación con la justicia de Dios y el orden moral como símbolo de la condenación bien merecida de la humanidad, y con el medio de la salvación gratuita que es la fe en Dios y en su Palabra.

PABLO BESSÓN

(1) Véase también los *Etudes de Géologie Biblique*, por el profesor de Zurich, M. Raymond de Girard.

(2) Según un telégrama de Guayaquil a *La Prensa*, el 31 Enero de 1905, el terremoto coincidió con la marejada que arrasó muchas aldeas, y causó una terrible catástrofe en el Ecuador.

(3) *Rev. des Etudes juives*. Abril 1901.

(4) Los frecuentes ciclones que vienen del golfo Pérsico lanzan olas enormes sobre la Mesopotamia.

El Vaticano agente del Fascismo

No había que ser muy perspicaz para advertir que la mediación pacificadora del Vaticano entre Italia y Abisinia era demasiado tardía para ser espontánea y desinteresada.

Cuando se decidió a hablar Pío IX. el conflicto italoabisinio se había convertido ya en un pleito entre el fascismo italiano y la Sociedad de Naciones.

Si realmente el papa deseaba evitar la guerra, no tenía sino ponerse al lado del organismo ginebrino, imitando el ejemplo que le habían dado algunos de sus más encumbrados representantes, como el obispo de Canterbury.

Pero el Vaticano actuaba como un agente de Mussolini y no como desapasionado intermediario entre los beligerantes del Africa oriental. Después del Tratado de Letrán, que colocó al Vaticano en situación de obligada dependencia para con el fascismo, no pue le pedirle al pontífice católico nada que contrarie la voluntad del dictador italiano.

Poco ha tardado en confirmarse la sospecha sobre la parcialidad del Vaticano.

El reciente artículo de la *Civiltá Católica*, órgano periodístico de los jesuitas y de inspiración vaticanista, ha expuesto la fórmula que al papa se le antoja más equitativa para hacer cesar la guerra; conceder a la Italia fascista un mandato sobre Abisinia. En ninguna oca i n, ni antes ni después de la invasión de Etiopía ha sido viable esta aspiración del papa. Inglaterra y Francia la rechazaron desde que la expresó Mussolini. La Sociedad de Naciones no la tomó en consideración, ni podía haberlo hecho sin renegar de sus estatutos y violar los principios morales que son base de la institución. Abisinia, nación independiente, no puede ser desposeída de su soberanía por las potencias que con ella han suscrito el pacto ginebrino.

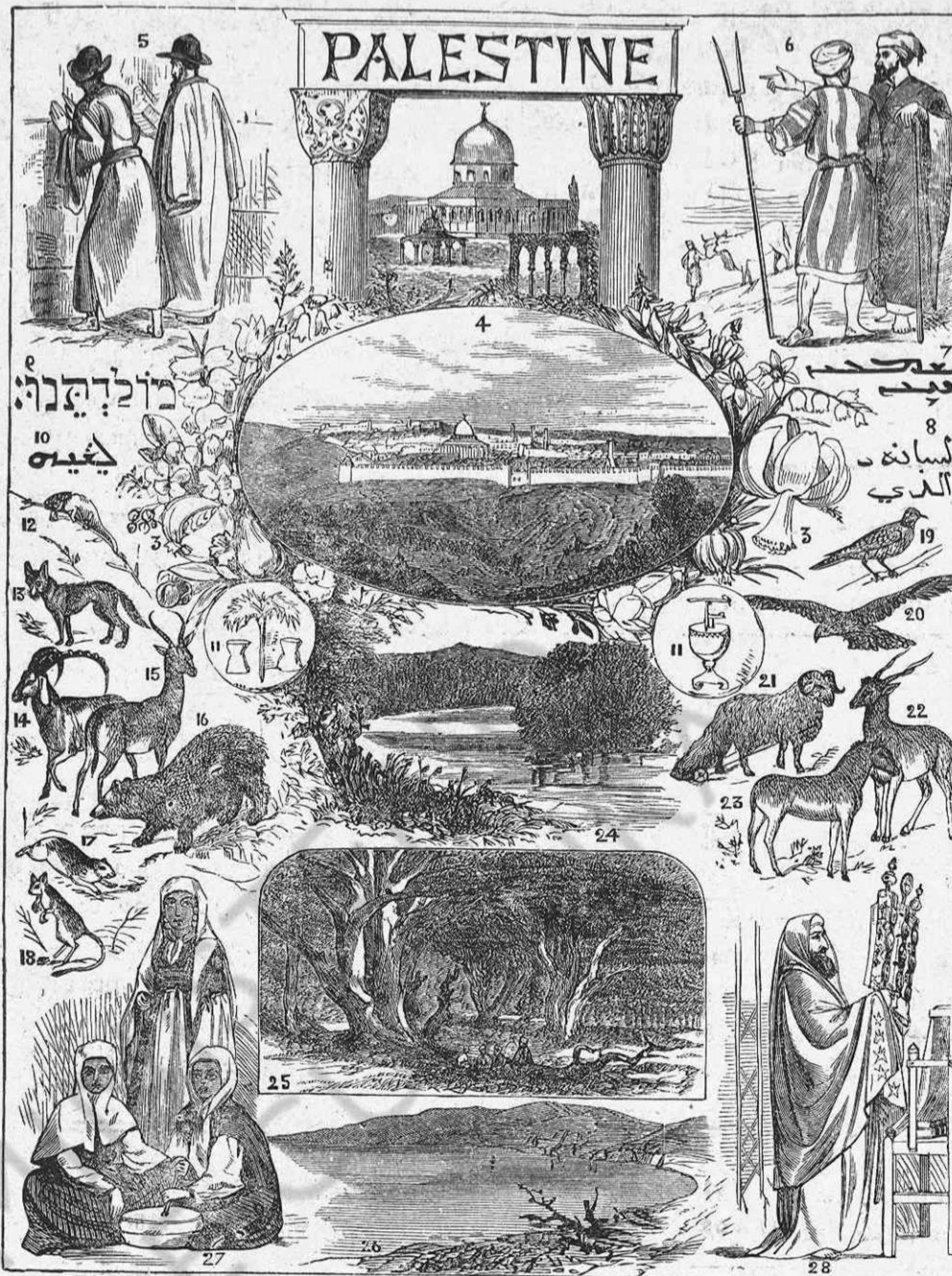
Y si antes del choque italoetiópico era impertinente esa pretensión, ¿qué justificación tiene el que la recuerde el Vaticano para contener la acción belicosa del fascismo?

No tiene este gesto papal más que una explicación: la de que el Vaticano intenta sacar a Mussolini del mal paso en que lo han metido su soberbia y su incapacidad para encubrir su fracaso como gobernante.

Felizmente para la paz del mundo y para el inmediato pervenir de la democracia italiana, Pío XI puede estar seguro de haber predicado en desierto.

Pero no porque se haya frustrado es menos censurable que el jefe supremo de la Iglesia católica no haya tenido escrúpulo en obrar al dictado del déspota italiano. Si su irrompible trabazón con el fascismo le impedía terciar en la contienda con la necesaria autoridad moral para ser escuchado respetuosamente, al menos hubiera podido eludir la misión impunista y partidista que ha echado desenfadadamente sobre sus hombros.

(De «El Liberal» de Madrid.)



Palestina, donde se están desarrollando sangrientos sucesos con motivo de las mútuas rivalidades entre árabes y judíos.

El Catolicismo en su nativo ambiente

El doctor C. E. Maddry, Secretario de la Junta Misionera de Richmond, en su reciente visita a Europa, ha tenido la ocasión de observar el catolicismo romano en su nativo ambiente. Naturalmente lo ha hallado muy diferente de la forma acostumbrada con que suele presentarse disimulado y disfrazado en los países protestantes. De Italia escribe: «Dos impresiones perdurarán al recordar nuestras experiencias entre nuestras iglesias en Italia: una, la necesidad que hay de que sea hecho conocido el sencillo Evangelio del Nuevo Testamento; otra, el hecho de que los campos blanquean ya para la siega. El estado de necesidad espiritual es espantoso. Italia es una tierra de magníficas iglesias y catedrales de sobrepujante grandeza. En la ciudad de Roma hay más de 400 iglesias católico-romanas. Están vacías. En ninguna parte se predica a Cristo. En lugar del Evangelio de vida, predomina la superstición y se practican las mascaradas del paganismo. Abiertamente se practican la decepción y el fraude en el nombre de Cristo.

En una gran catedral en Barcelona, después de haber pagado la entrada nosotros, ellos nos mostraron tres espinas de la corona que oprimió las sienes de Jesús, el saquito hecho para Jesús por María, algunos de los pañales que fueron usados en su nacimiento, una parte de su túnica sin costura, tres astillas de la cruz, el hueso del antebrazo de Esteban, el protomártir, y muchas otras reliquias. Todas se hallan guardadas bajo llave en cofres de oro ricamente incrustados de joyas que valen un caudal.

En Roma nos dejaron ver una botella de la obs-

curidad egipcia—recuerdo de una de las diez plagas—y las pobres gentes ignorantes adoran éstos y otros fraudes e ídolos y se hallan muertas en los delitos y pecados sin saberlo.

Misioneros ingleses y estadounidenses en Etiopía.

Se dice que hay más o menos 80 misioneros británicos y americanos en Abisinia. Trabajan activamente en la obra misionera y son cariñosamente respetados por los habitantes de esas regiones. Existen también otros misioneros en su mayoría suizos y alemanes cuyo trabajo se limita a la raza judía conocida con el nombre de falashas. Estos judíos son de color café, lo que indica una mezcla de blanco con la raza negra. Su población es numerosísima y se dice, de acuerdo a la leyenda, que siguieron a la Reina de Saba después de su entrevista con el Rey Salomón.

TIENE SU UTILIDAD

El rayo invisible, que es la última conquista de la ciencia, no parece ser destinado únicamente a una obra destructora. La policía de Londres ha presentado un proyecto para dirigir el tráfico por medio de él, protegiendo, gracias a un procedimiento automático, la vida de los peatones. Así es como el «rayo de la muerte» podrá transformarse en el «rayo de la vida».